

RECUERDOS Y REENCUENTRO

Autor: Antonio Benítez Ballesta

A todas las personas que gozaron o sufrieron los internados y a los familiares que compartieron la separación de sus seres queridos

Llueve y el viento sopla con fuerza en la calle, su voz se hace oír y el ánimo se encoge, es una de esas numerosas tardes de los fines de semana del frío y húmedo invierno del norte, sin mucho que hacer ni en que pensar, decido sentarme delante de la pantalla del ordenador, no hay una razón lógica para hacerlo ni necesidad de abundar en el trabajo atrasado, es pura rutina y aburrimiento.

Con una actitud un tanto perezosa me encuentro sentado delante de la pantalla confiando en que alguna idea entretenida me ofrecerá el escaparate informático que se ha hecho habitual en nuestro entorno y como no podía ser menos en nuestros hogares

Comienzo a navegar, curioso término este, y como los buenos chiquiteros del norte que van de un bar a otro sin prisa pero sin pausa, paso de una página a otra hasta que me detengo en una que me llama especialmente la atención, se presenta bajo el título genérico de asociaciones de antiguos alumnos, ofreciendo amplia y diversa información al respecto.

Cuanto menos, se adivina una página cargada de gran dosis de recuerdos y nostalgias y qué duda cabe que después de tantos años de idas y venidas por escuelas, colegios, institutos y universidades, todos somos poseedores del nostálgico título de “antiguos/as alumnos/as” donde con mayor o menor intensidad presentamos un amplio bagaje.

En esta situación y con cierto grado de curiosidad me dispongo a intentar localizar algo sobre los antiguos alumnos donde supuestamente, como otras muchas personas, pudiera estar ubicado, el caso es pasar el rato, en este sentido como antiguo alumno de varios centros escolares presento algunas vivencias que de forma ocasional comento en diferentes momentos de mi vida social a modo de anécdotas y que a pesar de los años que han pasado las recuerdo con cierta facilidad, casi siempre son las mismas pero a pesar del paso de los años las sigo recordando.

Enfrascado en este trance, aparece una página con la que me llevo una sorpresa mayúscula la “Asociación de Antiguos Alumnos de los Colegios de Huérfanos de Oficiales del Ejército”.

¡Joder yo fui alumno de estos centros o colegios!

¡Que grata sorpresa!

Comencé a curiosear la página, aparecieron fotos en cuyo pie se encontraba el nombre de algunos de mis excompañeros, e incluso yo estaba en una de ellas, también aparecieron las imágenes de los colegios, Padrón, Chamartín, Carabanchel Bajo, noticias sobre actos institucionales que la Asociación había realizado etc.

Continué curioseando y allí estaba el nombre, la dirección, el teléfono de muchos de mis todavía recordados amigos y compañeros de libros y pupitre, hoy solamente recordados pero que durante muchos años su imagen ha permanecido abandonada en el baúl de los recuerdos, unos y otros con los que conviví especialmente en los primeros cuatro años de la vida en Padrón y sobre los cuales hoy me asalta la enorme curiosidad de conocer su presente, porque una parte de su pasado no solo lo conocía, sino que también la habíamos vivido y compartido de manera intensa, sufrida y dura, pero especialmente solidaria y esperanzadora.

En aquel preciso instante, comenzaron a pasar por mi mente, nombres, motes, números, anécdotas historias, lugares y recuerdos de las situaciones vividas, situaciones de estudio, de recogimiento religioso, de deporte, de pillerías y chiquilladas, de castigos y fugas que vividas en aquella época han dejado en mí y posiblemente en infinidad de personas como yo, en unos casos recuerdos evidentes que bajo ningún concepto pueden desaparecer y en otros secuelas entre las que destacan aquellas que especialmente nos han ayudado en la construcción mental y social de lo que hoy realmente somos.

¡Me resisto a olvidar!

Batalla posiblemente perdida por pura ley de vida, de tal manera es seguro que con el paso del tiempo olvide y como resultado recuerde las anécdotas, las de siempre, las tradicionales, esas que has contado cien veces y que cada vez que las repites parece como si fuera la primera que lo haces y es cierto, puesto que posiblemente sea la primera vez que se la narras a una persona o grupo distinto de personas, por lo tanto no cambia la anécdota, cambia el interlocutor a quién se la cuentas.

¡Recuerdos, recuerdos y más recuerdos!

En esta situación nada ni nadie puede evitar que me lance a tumba abierta sobre el proyecto del corto relato que inicio, incluso ni yo mismo puedo parar ese descenso vertiginoso hacia el abismo de mis recuerdos, todo intento por evitarlo resulta inútil por lo que al final parece evidente que si quiero calmar mi sobredosis de nostalgia y mis ansias de recuerdos, obligatoriamente debo ponerme manos a la obra; el objetivo es simple, intentar llegar al lugar donde pueda encontrar la tranquilizadora situación que bajo el estado de fuerte resaca del recuerdo calme mis inquietudes en alguna medida.

Dicho y hecho, manos al relato, estoy convencido que este ejercicio me trasladará en el vehículo de mi memoria e imaginación desde los días actuales y tardes frías del invierno del norte a los numerosos y ya pasados días nublados, jubilosos unos y desdichados otros de mi infancia en la Galicia abierta o profunda.

Las razones por las que alguien llega a un internado son diversas, siendo el interno o interna al que le toca vivir en directo las circunstancias del mismo, pero es de justicia no olvidar que un gran colectivo de personas que bajo el título de familiares más cercanos, también han tenido que soportar de forma indirecta en un principio la distancia o alejamiento del ser querido y posteriormente disfrutar o lamentarse de las consecuencias que generaron los internados, a ellos también va dirigido este sencillo relato.

En nuestra generación la de los años 40, era casi una norma o al menos se estilaba mucho los internados, como centros “educativos” de élite dado que disfrutaban de una afamada leyenda blanca de recogimiento, disciplina, educación, de hombres y mujeres de provecho, por el contrario la otra leyenda, la de color negro de secuestro, castigo, hambre y soledad también se estilaba, con la diferencia que la segunda prevalecía sobre la primera; como no podía ser menos en los años de internado también disfruté en calidad de interno de varios de ellos, si así es como lo has leído “disfrutar” del CHOE, iniciales que en aquellos tiempos de infancia y juventud eran el sinónimo de los Colegios de Huérfanos de Oficiales del Ejército, en ellos y dentro de ellos pasé diez años, desde 1957 hasta 1967 siendo todos entrañables y recordados pero especialmente los cuatro primeros que transcurrieron en Padrón.

Interno e internado, dos palabras duras en apariencia que nos acompañarán durante el relato y que según el diccionario de la lengua española se puede definir la primera como “Alumno que come y duerme en el colegio” y la segunda como “Conjunto de alumnos y lugar donde habitan”.

¡Que sencillas y escuetas definiciones!

¡Que complejas y extensas experiencias de vida!

Al ejercitar el recuerdo fue como entrar en una habitación y abrir la ventana que durante mucho tiempo ha permanecido cerrada manteniendo a esta en absoluta oscuridad, de tal manera que al abrirla y asomarte a la misma tienes la oportunidad de volver al pasado, eso sí un pasado ya muy lejano que desde aquella ventana hoy puedes contemplar como curioso y asombrado espectador, las incidencias de una parte de mi vida y a una muy temprana edad.

Etapas de mi vida pero especialmente de mi infancia donde se dieron y vivieron todo tipo de circunstancias sociales, personales, afectivas, emocionales etc. Que compartí con un centenar y medio de hermanos o gemelos unidos por el cordón umbilical de la orfandad, bueno centenar y medio más dos porque en todo momento Dios y el Diablo estaban presentes en el transcurrir de la vida en el colegio, todos pelados de igual forma casi al cero, con las orejas tiesas, uniformados con aquella ropa rígida y sufrida de color gris que en términos coloquiales le apodamos “el trapillo”, con el número asignado a cada interno fijamente marcado sobre las ropas y todas nuestras pertenencias, el cual prevalecía absolutamente sobre el nombre de pila, los apellidos e incluso sobre el apodo o mote de cada uno de los internos.

La historia comienza poco tiempo después de que nuestro padre nos dejara, pasado pero no olvidado el trágico momento allí nos encontramos, en la sala de espera de una estación de autobuses, de un aeropuerto, en el andén de cualquier estación, nosotros/as tristes, inquietos y resignados, próximos y aferrados a esa pequeña maleta de color marrón donde la madre con cariño ha colocado de forma ordenada nuestras escasas pertenencias, quietos en silencio, a nuestro lado la llorosa madre que entre sollozo y sollozo no para de darnos ánimos:

No te preocupes hijo/a es por tú bien, tú padre en vida se preocupó para que el día de mañana no te faltara nada y para que a su vez seas una persona de provecho, es un colegio muy bueno, tendrás muchos amigos/as, te lo vas a pasar muy bien, por Navidad volverás a casa, etc. etc. etc.

Todo sucedió muy rápido, ahora ya estamos frente al imponente edificio del colegio delante de su puerta principal, nos recibe la monja ataviada con su hábito azul y su corneta blanca, sonrisa y primeras palabras de afecto y ánimo, subimos las brillantes escaleras del hall de entrada y pisamos por primera vez la cuidada madera del suelo que cubre la totalidad del pasillo principal y sobre

el cual suenan fuertes que no decididas nuestras primeras pisadas o pasos en el colegio.

Se oyen voces al fondo, al girar a la derecha nos encontramos con un grupo de alumnos, los más madrugadores, los primeros en llegar al colegio vestidos ya con el trapillo y en animada conversación, bueno más que animada alborotada conversación.

Comienzan las preguntas de rigor, los primeros escarceos de amistad, parece que la tristeza tiene prisa por dejarnos, luego la rutina, el dejar la ropa de casa y el solemne acto de asignarte el número en aquella ropería regida por la señorita, mujer de pelo albino, escasa vista y voz cascada, de genio insoportable y vestida siempre de riguroso luto, patriota incansable y ferviente enamorada del himno de Zaragoza, el cual algún especializado alumno en el arte de la armónica tuvo que repetir una y otra vez para ganarse la gracia o el premio de un caramelo. Según se contaba, hermana de un alto cargo militar que en el ánimo de no soportarla más también la metió interna.

¡Para tí el nueve! - Gritó la Señorita entregándote a su vez el lote de ropa del colegio.

El nueve antes Antonio, todavía algo triste entrega la ropa de casa, ropa que allá por el mes de junio que será cuando finalice el curso se la devolverán para de nuevo volver a vestirse de calle pero con un fuerte olor a alcanfor y algo más estrechas.

El recuerdo se centra principalmente en este caso en los compañeros, andaluces, castellanos, gallegos, catalanes, vascos, valencianos etc. Una verdadera pero reducida torre de babel, se estilaban los matones, los chupabotes, el deportista, el listo, el menos listo, el pillo y el travieso, los recuerdo a todos antes de entrar en clase alineados en el reducido patio del internado sobre un suelo cubierto por una capa de tierra marrón en unos lados y de cemento en otros, colocados en apretadas filas por orden de altura los bajos delante, los altos detrás, el brazo extendido y apoyado sobre el hombro del compañero que teníamos delante, eso sí las manos fuera de los bolsillos.

También recuerdo a “Os rapaces do convento” cogidos de la mano en apretada filas de dos, caminando en animadas y disputadas conversaciones por el borde de la carretera que unía Padrón con La Coruña, no había arcenes ni quita miedos o quita vidas, también es verdad que tampoco muchos coches, de esta forma y bajo una pertinaz lluvia se continuaba el largo paseo expuestos a que algún que otro coche que pasara cerca salpicara de agua a la larga fila de internos, bajo el regocijo de estos y el oportuno enfado de la monja de turno

lamentándose esta, que si se repite el hecho, cosa por otra parte muy probable, las estrenadas gabardinas iban a terminar sucias a rabiar, en cualquier caso tanto riesgo y largo paseo merecía la pena dado que el motivo del mismo en esa lluviosa tarde era llegar hasta Iria Flavia la cuna de Camilo José Cela, una vez llegados a esta escondida aldea gallega lograr un mayor grado de santidad al rezar el santo rosario en su venerada y vetusta iglesia. Donde además se daba una propina de santidad sobre aquella amarillenta lápida ubicada en el exterior de la iglesia cuyo epitafio amenazador nos exigía una corta y rápida oración “Detente caminante, reza una oración por mí, quizás el día de mañana tú te encuentres aquí”.

Recuerdo a todos “de paseo” visitando los domingos y días de fiesta diferentes lugares de elevado interés “turístico”, el campo la torre donde por el camino se giraba visita a aquél al enfermo que guardaba cama y que solo podía beber mediante una pajita postrado en su humilde cama y bajo la atenta y compasiva mirada de los internos, a los que pesar de su estado todavía tenía ganas de sonreír.

La campa de Santiaguíño do monte en cuya reducida explanada se encontraba un monumento de Santiago al que posiblemente los niños, huérfanos, internos y pinfanos hemos abrazado más que al titular de Santiago de Compostela y con el que nos hicimos, generación tras generación, la tradicional foto de grupo.

También recuerdo las procesiones vestidos con la ropa de gala marinera azul oscuro o más tarde con camisa blanca, corbata a cuadros con el nudo estándar, jersey verde sobre cuyo pecho lucíamos orgullosos la antes insignia y ahora pin de los cruzados de Cristo Rey, distribuidos en dos largas filas al lado del santo o santa de turno, cantando sin parar y dirigiendo miradas de complicidad a esas niñas del pueblo que con velo sobre sus jóvenes cabezas rezaban y cantaban al unísono con el resto de los devotos asistentes a la procesión, conocidas por la picuda, la morena entre otras y que año tras año eran las supuestas “novias” de los más mayores del colegio.

No olvido la foto del curso, sentados enfrente de una mesa de estudio, con su santo y los libros sobre la misma que ubicada en un rincón del pasillo del comedor servía de escenario para la tradicional foto de todos los internos.

Los recuerdo en clase, todos callados “pizarrin en mano” y centrados en aquellas reducidas pizarras negras, intentando solucionar el ejercicio o quebrado de quebrado correspondiente, bajo un silencio absoluto, en ocasiones casi aterrador, roto de vez en cuando por un grito de la monja o el lamento de un interno castigado, silencio que se rompía en pedazos cuando

sonaba la campana con el toque del “angelus” indicando el final de la clase.

Como resultado del esfuerzo realizado, las notas y el comportamiento, aparecían el fajín para el primero de la clase y las medallas de orden, aplicación y buena conducta que los agraciados lucían sobre su pecho durante un mes.

Los exámenes en el Instituto de Pontevedra, los monos y loros del parque, las comidas a las orillas del río Lérez preparando la estrategia del examen de religión o gimnasia, repitiendo hasta la saciedad los libros del antiguo testamento, mientras degustábamos los exquisitos bocadillos de tortilla o salchichón.

Recuerdo a todos correteando en el patio durante los recreos, o jugando los disputados partidos de fútbol, las peleas de siempre, jugando a las bolas de las que tenían un valor incalculable las de cristal, las clases de gimnasia en el patio a primera hora de la mañana, las fechas de navidad, los villancicos, el belén, los ejercicios espirituales, la novena de la Virgen milagrosa y las medallas de aluminio ovaladas que la mayoría colgábamos del cuello, la visita de los militares con sus generosos regalos, el coro, las excursiones a la playa, la caza y captura de grillos etc.

No olvido el comedor y las comidas, los desayunos adornados con unas galletas que provenían del paquete que nos enviaban desde casa, recuerdo las peripecias para evitar comer aquello que no nos gustaba o las simulaciones para evitar ser insuflados por la dosis de aceite de ricino.

La hora del sueño transcurría en aquel enorme dormitorio utilizado también para las competiciones de canto de los grillos, las novatadas y la proyección de las películas del gordo y el flaco, vistas una y mil veces bajo la siempre real amenaza de que saltara la imagen y el follón estaba garantizado.

Momentos que ubicados en aquellos ya lejanos años y circunstancias, en la mayoría de las ocasiones para nosotros los internos, los huérfanos, los pínfanos o los “rapaces do convento” como se nos conocía en el entorno del centro escolar, colegio o internado, no tenían nada de anécdota sino todo lo contrario y aun así, no siendo casos o cuestiones de vida o muerte para nosotros los internos en general no dejaban de ser de relevada y vital importancia.

Recuerdos, recuerdos...

Importante era el grupito de monjas, la comunidad, nuestras educadoras

y benefactoras hermanas de la Caridad de la Orden de San Vicente de Paúl, hoy merecedoras propietarias del premio Príncipe de Asturias de la Concordia. Sor Luisa, la del coro y capilla, Sor Concepción, Sor Rosario la enfermera, Sor María, Sor Pilar, Sor María Isabel, “la coco” del colegio y por supuesto la Madre Superiora, una verdadera autoridad dentro del internado, algo así como un pequeño Papa, pero en versión femenina, alrededor de esta se aglutinaban el resto de las hermanas, todas y cada una de ellas con sus funciones y trabajos muy definidos.

Vestidas con su indumentaria tradicional, tocadas con una especie de gorro que recibe el nombre de corneta formada de tela blanca, rígidamente almidonada, extendida como las alas de una paloma blanca y rematada por una especie de tela que les envuelve la cara a modo de antiguo remedio contra el dolor de muelas, esta tela adicional les aprieta la cara y por muy delgadas que sean la presión ejercida sobre el rostro les origina una faz regordeta y congestionada, vestidas con el hábito azul de la orden y de cuya cintura colgaba el rosario rematado por una cruz de madera y el correspondiente silbato para indicar que se acabó el recreo.

De tal guisa y atuendo se paseaban con un aire ceremonioso por el reducido patio o permanecían cual estatua de sal, entre esa pléyade de inquietos y movidos chavales, antes llamados “rabos de lagartija”, revoltosos, inquietos, coñazos hoy “niños hiperactivos” y necesitados como no podía ser menos de algún que otro tipo de tratamientos psicológico, antes se calmaban con castigos más o menos duros y hoy con jarabes, terapias, técnicas educativas dirigidas a los padres.

Las auxiliares ¿Quién no recuerda a Maruxa la topa? o a María “Parecéis lagartos saliendo do huracon” o a la cantante Rosalía que desde la ventana que daba al patio nos cantaba aquello de: ¡Canastos que me responde Vd.!, mientras aplastaba sus generosos pechos contra el borde de la ventana.

Todo son recuerdos, todo es nostalgia y pasado, pero afortunadamente también hay presente y a todos/as hoy nos asalta la curiosidad y la duda por conocer ¿Que fue de ellos y ellas? ¿Como les habrá tratado la vida? ¿Dónde estarán? ¿Qué imagen tendrán? etc.

También surge la incertidumbre, si me pongo en contacto con ellos o ellas me recibirán o los recibiré con el mismo entusiasmo que nos llevó a ser amigos/as y compañeros/as, incluso dudo si se acordarán de mí y yo de ellos o ellas, esta mantenida y permanente duda puede o no continuar en la medida

que aproveches la oportunidad que nos ha brindado la Asociación al ofrecernos la puerta del reencuentro.

¡Ahí está!

Que se mantenga abierta o cerrada la oportunidad del reencuentro depende de nosotros.

Es bueno que el recuerdo del pasado nos ayude a retomar y continuar con la amistad en el presente, en esta sociedad donde cada vez se hacen más difíciles valores tan entrañables como la amistad, el compañerismo, la solidaridad y muy especialmente el recuerdo si a través de este se nos abre la posibilidad del casi inesperado reencuentro.

¡Merece la pena intentarlo!

He finalizado algunas gestiones y un poco cansado camino por una de las calles de la ciudad, ha sido un día caluroso y cargado de espeso trabajo, antes de volver a casa decido tomar un refrigerio para lo que me dirijo a un bar cercano en busca del merecido descanso.

Entro en el local, el bar está casi vacío pero dispone de un agradable aire acondicionado, razón por la cual decido sentarme en una mesa próxima a un gran ventanal desde donde se puede ver el transcurrir de la gente que, tan acalorados como yo, caminan con paso ligero buscando la reconfortante sombra. Próximo a la mesa me desprendo del maletín de trabajo que deposito en el asiento vacío que tengo en frente y me dirijo a la barra para solicitar la bebida que alivie mi sed y calme mi cansancio, con el vaso en la mano vuelvo al sitio y me siento sin pensar en nada importante, miro hacia la calle y en ese momento observo el paso de un grupo de niños que en fila de a dos y muy vigilados desde atrás por la profesora cruzan un paso de peatones, no paran de correr, hablar y de llamarse unos a otros en voz alta, en alguna medida el paso de esta chavalería alegra la calle.

Al verles algo pasó por mi mente, algún recuerdo, la nostalgia del pasado o pudo ser porque la escena se me hacía muy familiar, sin ningún motivo aparente y casi de forma instintiva saqué la cartera donde tenía anotado desde hace algún tiempo el teléfono de un compañero y amigo de colegio que hace la friolera de cuarenta años que no sé nada de él.

De forma decidida recojo el móvil depositado sobre la mesa y marco ávido de noticias el citado teléfono,

¿Qué pasará? ¿Me recordará? ¿Será frío y descorazonador el reencuentro?

¿Serán los mismos sentimientos de amistad, algo oxidados?

A pesar de las dudas, marco el número y...

Un tono, dos tonos, tres tonos... alguien contesta al otro lado.

-¿Dígame?

No sabia como empezar, ni qué decir, me entraron hasta ganas de colgar pero...

Al final me decido y pregunto: ¿Esta Ramón?

Y desde el otro lado del teléfono me contesta,

-Si, soy yo Ramón.

-Insisto para obtener evidencias. -¿Ramón, el ciento cuatro?

-Si, si, Ramón, el ciento cuatro de Padrón, contesta con un tono de cierta curiosidad.

-Pero tú ¿quién eres? - me pregunta un tanto sorprendido y añade - no reconozco tú voz

-Soy Antonio, el nueve de Padrón.

-¡Joder que sorpresa Antonio!, a continuación cita mis dos apellidos y yo le respondo con los dos suyos.

-¿Qué es de tú vida pínfano? Bien muy bien - le respondo

-Y ¿cómo te ha tratado a ti? Le pregunto, bien gracias a Dios me responde, continuamos la conversación entre citas, risas y recuerdos y quedamos emplazados para vernos, lo que en un principio parecía casi imposible, lo que desde aquella ventana a modo de recuerdo estaba contemplando se cierra provisionalmente y por el contrario se abre la puerta del presente, la del reencuentro presencial.

¡Mereció la pena!

Desde hoy en nuestro fuero interno algo ha cambiado, aunque de forma frágil hemos recuperado parte de nuestro pasado o, lo que es lo mismo, una parte de nosotros que se ha mantenido dormida durante muchos años y una simple llamada ha sido suficiente.

A todos/as gracias por la generosidad de hacer posible el reencuentro, especialmente a la Asociación y particularmente a los pínfanos/as que creyendo en la recuperación del pasado y en la realidad del presente y futuro todavía por disfrutar nos habéis ofrecido la importante posibilidad del siempre soñado reencuentro.

¡Gracias!